

VASCOS E INDIOS EN LA PATAGONIA (1855) Y EN NEVADA (1911)

JON BILBAO AZKARRETA

Presidente de HARRILUZE. Instituto de Estudios de la Diáspora Vasca

A pesar de lo mucho que se ha publicado con motivo del V Centenario del Descubrimiento de América sobre la presencia vasca en el Nuevo Mundo no tengo conocimiento de que se haya tratado monográficamente el tema del contacto violento entre vascos e indios.

Conquista y colonización son en sí actos violentos que pueden ser en cierta manera justificados. La crueldad es de más difícil estudio puesto que entran en juego factores psicológicos, tanto individuales como colectivos.

No creo que hayan sido muchos los conflictos violentos entre vascos e indios. Más bien parecen incidentes esporádicos en los que la casualidad resulta ser el factor más importante. No obstante podría ser de especial interés para el estudio de la diáspora vasca reunir en una obra toda la información existente sobre el tema, ahora que el mundo indígena parece despertar a una nueva realidad.

En los 500 años de presencia vasca en las Américas, ha habido más incidentes entre vascos y otros grupos europeos que entre vascos e indígenas. Pero ese es otro tema.

El primer contacto violento entre vascos e indios tuvo lugar en la isla que Cristóbal Colón llamó "La Española", hoy dividida en dos estados: Haití y República Dominicana. Fue en Haití donde Colón al naufragar la nao Santa María, formó, con parte de los tripulantes, muchos de ellos vascos, la primera colonia española en América. A su vuelta meses después, no los encontró. Los indios habían matado a todos. Describo este hecho, con bastante detalle, en mi libro *Vascos en Cuba 1492-1511*, publicado en Buenos Aires en 1958.

Hoy expongo aquí dos incidentes trágicos poco conocidos en nuestro país. Uno en la Argentina del siglo pasado, el otro en los Estados Unidos en este siglo XX.

VASCOS EN LA PATAGONIA ARGENTINA (1855)

La crónica periodística que presento a continuación no necesita comentarios. Apareció en el diario francés de Buenos Aires *L'International*¹ el 19 de junio de 1855 y relata con mucho detalle un suceso ocurrido en la Patagonia tres meses antes, el 25 de marzo. La versión al español es mía. El suceso se enmarca en un período crucial de la historia de los vascos en Argentina.

Durante 18 años (1835-1853), Argentina estuvo gobernada por uno de los más tiránicos presidentes de Sudamérica, Juan Manuel de Rosas (1793-1877). El líder de la oposición, el vasco Justo José de Urquiza (1800-1870) consiguió derrocarlo tras una cruel batalla en 1853. Rosas con la ayuda de los ingleses consiguió huir a Inglaterra y Urquiza el 1 de mayo de ese mismo año fue nombrado presidente de la nación, con un mandato de 6 años.

Urquiza fue el gran promotor de la inmigración vasca, especialmente la del País Vasco de Francia, en forma tal que las autoridades argentinas decían que había que despoblar los Pirineos. Solamente en el período de 1853 a 1855 seis mil vascos de Francia entraron legalmente en Argentina. También tuvieron que ser muchos los vascos de España que emigraron en esos años a los países del Mar del Plata. Tantos debieron ser que el Obispo de Pamplona, Severo Andriani, publicó en 1852 una circular contra las "seductoras promesas de una estable fortuna y de un feliz porvenir" que ofrecían los agentes argentinos.

Es posible que el incidente entre vascos e indios a orillas del río Quequén-Grande, que recoge *L'International*, fuera mencionado por periódicos en español o en inglés de Buenos Aires. En inglés se publicaban al menos dos: *The Buenos Aires Herald* que inició su publicación en 1852 y *The British Packet and Argentine News* que comenzó su tercera época en 1854. En francés, además de *L'International*, se publicaron *Le Commerce* en 1853, *L'Echo du Commerce* en 1854 y *L'Emigration* en 1856.

En este reportaje no se dan los nombres de "los tres vascos españoles cuyos nombres, desgraciadamente no hemos podido conocer". Puede que los tres fueran lo que hoy llamamos ilegales y que por ello no volvieran a Buenos Aires. Doy a continuación la crónica de *L'International*:

¹ *L'International* Politique, Commerce, Législature, Littérature, Buenos Aires, 1855 (abril 1 - junio 23) (66 números). El reportaje, escrito en francés, se publicó en el n.º 62, página 2, columnas 2-3 correspondiente al 19 de junio.

"Los Vascos y los Indios"

"He aquí un hecho que prueba de la manera más contundente todo lo que las regiones de la Plata han de ganar con la inmigración europea. El honor de la acción heroica que vamos a contar se debe a la laboriosa e intrépida raza de los vascos.

El pasado 25 de marzo [de 1855] ha tenido lugar, a 125 leguas de Buenos Aires en las orillas del río Quequén-Grande, un primer intento de invasión indígena.

En esta parte de las fronteras de la Patagonia, hacía mucho tiempo inculta, se estableció una pequeña colonia vasca compuesta de estos cinco franceses:

Martín Appessetche, nativo de Juxu en los Bajos Pirineos.

Pierre Etcheverry, d'Osse.

Pierre Oyenard, d'Ordip.

Henry Savez, de Garris.

Jean Jaureguiberry, de St. Pe.

Tres vascos españoles, cuyos nombres desgraciadamente no hemos podido conocer, se encontraban, además, entre los vascos franceses a quienes habían antes ayudado a construir frente a su rancho una especie de fortificación rodeada de una fosa.

El día del ataque de los indios, los vascos se atrincheraron en esta fortaleza. Habían almacenado algunas provisiones de sitio y se hallaban provistos de fusiles.

Los indios, que componían una banda de 500 combatientes, enviaron primero a su "lenguaraz" o parlamentario, quien les anunció que venía en nombre del cacique Calfucura para hablar amistosamente ante la puerta de Martín Appessetche y llegar con él a un acuerdo. Se quejaba de que los "jefes" en Buenos Aires no daban nada cuando se trataba de indios.

Mientras que el "lenguaraz" trataba así de introducirse en el fortín de los Vascos, un cautivo que venía con él y conocido de Martín Appessetche, se unió a las demandas del parlamentario indio. Los parlamentarios no lograron conmovier a Martín Appessetche ni a ninguno de los vascos. Entonces el indio y el cautivo se lanzaron sobre sus caballos. En ese mismo momento toda la horda de indios lanzó un grito: era la señal de ataque.

A los primeros disparos de los vascos el caballo del "lenguaraz" fue abatido, pero el indio saltó a la grupa de su compañero. Entonces hubo que resistir el chaparrón de piedras lanzadas con hondas y a las cargas sucesivas de los jinetes indios armados de lanzas.

Los indios tenían ya 30 hombres fuera de combate y estaban siendo rechazados por todos los lados por estos valientes vascos decididos a sostener la lucha hasta la muerte. Los indios, dándose cuenta de que los asediados defendían con toda furia la fosa frente al rancho, lo rodearon y lo prendieron fuego por detrás.

El combate duró dos horas. Los ocho vascos estaban heridos, cubiertos de sangre, pero las contusiones hechas principalmente por las hondas de los indios, sólo hacían que estuvieran más furiosos. Al final, en medio de las llamas y las piedras, continuaron disparando a quemarropa contra la horda de indios. Estos, desalentados, comenzaron a retroceder, preocupándose sólo de llevar a sus heridos, poniéndoles sobre los caballos y desapareciendo todos.

La batalla había sido ganada pues, por los cinco vascos franceses y los tres vascos españoles contra quinientos bárbaros. Pero después de haber probado lo que puede hacer un puñado de bravos y de estar orgullosos de ello vieron con tristeza que el rancho había quedado totalmente destruido, quemado y en ruinas.

Los vascos franceses han tenido que decir adiós a sus tres amigos españoles, tres héroes como ellos y abandonar, pobres y sin recursos, su pequeña colonia de Quequén-Grande. ¿Han visto Vds. quizás, cinco hombres fuertes, con boinas, vagabundeando por las calles de Buenos Aires?. Esos son nuestros cinco leones. Permitásenos solicitar para ellos la simpatía calurosa de los franceses. Tienen ya la benevolencia del primer Representante de nuestro Gobierno.

Cuando se trata de generosidad nuestros compatriotas saben bien lo que hay que hacer sin necesidad de indicar aquí cual es su deber. Pero ¡son solamente algunas sumas de dinero de lo que se trata aquí para cinco trabajadores heroicos que se han batido como nuestros soldados en Mazagrán!

Nos permitimos también solicitar al Gobierno de Buenos Aires que ponga todo su interés en recompensar este ejemplo de resistencia a los Indios que han dado los vascos de Quequén-Grande. Si el Gobierno acordara la extensión de una donación de tierras a los vascos ya establecidos en esta parte de la frontera del Sur, ¡con qué alegría nuestros cinco valientes hombres volverían a Quequén-Grande! y ¡quién sabe si este acto magnánimo del gobierno de Buenos Aires no induciría a otros vascos a seguirles a cultivar y defender como ellos la colonia fundada en el Sur!.

He aquí una de esas ocasiones en las que la autoridad debe testimoniar su protección a los extranjeros. También nosotros debemos mostrar este gran sentimiento: 'Fraternidad'.

VASCOS EN NEVADA (1911)²

Ni los más viejos de Nevada habían conocido un invierno como el de 1910 a 1911. Ya en octubre de 1910 comenzó a llover en las bajas latitudes y a nevar en las montañas. El punto álgido fue a principios de enero de 1911. Durante siete días seguidos llovió y nevó sin parar. De pronto el viernes 13 de enero la temperatura descendió de golpe a 10 grados bajo cero, congelando no sólo la nieve sino también el subsuelo. Ni tan siquiera los trenes pudieron circular ese fin de semana.

Para entonces los pastores vascos del norte de California, en la frontera con el Estado de Oregón, habían pasado ya a través del Surprise Valley, al Estado de Nevada. Se dirigían hacia el sur, hacia los pastos de primavera, con sus rebaños de ovejas y corderitos. Un pastor con sus perros es capaz de controlar un rebaño de mil o incluso dos mil ovejas, por fuerte que sea el temporal de nieve. Pero poco puede hacer a diez grados bajo cero si no ha encontrado un refugio a tiempo.

Este súbito bajón de temperatura inquietó a los propietarios del ganado que vivían en Eagleville, un pueblo de 600 vecinos, al norte de California en la frontera con Nevada. Especialmente afectados podían ser los rebaños de dos vascos de Francia que residían en Eagleville: Peter Erramouspe y John Laxague.

El domingo 15 de febrero los dos hombres prepararon caballos de repuesto y mulas de carga con provisiones para 10 días. Les acompañaba un joven americano, superintendente de la compañía "Humphrey and Moffat", se llamaba Harry Cambron. Su novia protestó. La boda estaba anunciada para 15 días más tarde. Harry la tranquilizó. Llevaban provisiones para 10 días, así que estaría de vuelta cinco días antes de la boda.

El lunes 16 de febrero los 3 hombres salieron de Eagleville en dirección al Este. Harry era el único que llevaba armas: una pistola automática del calibre 32. Cambiando de caballos pudieron recorrer en un día más de 80 kilómetros, hasta llegar a un rancho donde trabajaba otro

² Este estudio está basado en su mayor parte en la obra de Effie Mona Mack: *The Indian Massacre of 1911 at Little High Rock Canyon, Nevada*, publicada en Sparks (Nevada) en 1968.

vasco, Bertrand Indiano, empleado de Erramouspe y Latxaga. Indiano era uno de los mejores buckaroos (del español "vaqueros") de la zona, domador de caballos broncos (salvajes) y gran conocedor de la región.

Indiano no tenía muchas ganas de salir del rancho. Sus caballos estaban a medio domar y unos días de ausencia podían anular toda su labor. Finalmente le convencieron y los cuatro hombres el jueves 19 de enero, muy de mañana, salieron del rancho. Ya no se les volvió a ver más.

Al cabo de 10 días, en Eagleville, la familia de Harry y por su puesto su novia Laura, comenzaron a inquietarse. Además habían llegado noticias de que el tren de Elko a Reno había sido asaltado por un grupo de bandidos de los que no se tenían noticias. Quizá se habían escapado hacia el norte, al territorio de los pastores. Se sabía también que los tres vascos no iban armados. Los pastores vascos llevan siempre rifles, pero no los patrones y la pistola del americano Harry Cambron no era de mucha defensa fuera de la ciudad.

Ante esta situación Ben Cambron (hermano de Harry), organizó un grupo de 10 hombres bien armados en búsqueda de los hombres perdidos. Salieron de Eagleville en medio de una gran tormenta de nieve el jueves 8 de febrero, 24 días después de la partida de los tres vascos y el americano. Dirigiéndose hacia el Este llegaron cerca del Little High Rock Canyon donde encontraron restos de animales, matados al parecer por indios. Digo "al parecer" puesto que hay blancos que descuartizan el ganado como lo hacen los indios para así echarles la culpa. Ello les indujo a explorar con meticulosidad el terreno. Encontraron huellas de mocasines y rastros de escaleras de cuerda que les condujeron al pie de un barranco. Remontado éste tuvieron aun que subir más hasta llegar a una gran cueva. Frente a ella había huellas de dos tipis, las típicas tiendas indias de forma cónica. Tipi es palabra siux, de ti "vivienda" y pi "usar". En inglés se escribe tepee.

Del frente de la cueva dos senderitos conducían a los lugares donde los indios habían emplazado a sus vigías. En el suelo quedaban todavía cortezas y ramas de arbustos para proteger los pies del frío. En ningún lugar aparecían huellas de botas. Dentro de la cueva encontraron pequeños objetos de cerámica, como muñequitos de caballos que señalaban la presencia de niños.

Los expedicionarios decidieron entonces explorar mejor el terreno. Separándose en forma de abanico, el primero que descubriera algo de interés dispararía tres tiros.

Uno de ellos descendió por el barranco hacia el riachuelo del fondo. Allí entre unos raquíuticos sauces vió unas manchas de sangre y de pronto una mano humana con parte del brazo que sobresalía del suelo. Todo ello duro como la roca. Estaba congelado. A la mano le habían cortado un

dedo. Esa escena le causó tanto pavor que comenzó a disparar al aire no sólo los tres tiros convenidos sino que vació el cargador.

Al oír los disparos todos los demás hombres acudieron a la llamada. Algo importante había ocurrido pues no era la señal convenida, no eran tres tiros, eran muchos más. Efectivamente, aquella mano congelada no podía ser otra que una de alguno de los hombres que buscaban.

La excavación se hacía difícil. La tierra toda estaba congelada. Si no se andaba con cuidado se podía romper el cadáver. Al descubrir la cabeza aparecieron los pies de otro cadáver, y al descubrir los pies, la cabeza de otro. Los cuatro cuerpos estaban boca abajo. No cabía duda de que la masacre era obra de indios.

El primer cadáver era del americano Harry Cambron. Le habían disparado cuatro tiros. Estaba desnudo. La camisa y la camiseta subidas hasta la cabeza y los calzoncillos bajados hasta las rodillas. Le habían cortado la mitad del dedo corazón de la mano derecha.

El de *Erramouspe* tenía la camiseta puesta pero sin mangas. Los calzoncillos y el pantalón bajados a los tobillos. Le habían quitado el calcetín y la bota del pie izquierdo. También le habían disparado cuatro tiros. Después de muerto le cortaron el labio superior con su bibote.

Laxague murió de un solo tiro en el pecho. La camiseta, la camisa y el jersey subidos a la cabeza. El resto del cuerpo estaba desnudo.

También *Indiano* aparecía con la camiseta, camisa y jersey subidos a la cabeza. Además, los calzoncillos los tenía bajados hasta las rodillas. Había recibido tres tiros: dos en la cabeza y uno en el hombro.

Resultó labor muy delicada separar y sacar los cuerpos congelados de aquellos hombres. Su sangre desparramada en el fondo de la trinchera se había diluido con la nieve y formado un bloque de hielo. Meses después todavía quedaban restos de sangre en el lugar. Al parecer, los indios habían abierto la trinchera a la orilla del riachuelo con el objetivo de que con el deshielo, al aumentar el caudal, las aguas arrastraran los cuerpos río abajo.

Dejando unos hombres al cuidado de los cadáveres. Ben Cambron con el resto volvieron a Eagleville a dar la noticia y preparar el traslado de los hombres muertos.

El lunes día 13 se llevaron los cadáveres a Eagleville. El martes 14 se celebraron los funerales: uno protestante para Harry Cambron y otro católico para los tres vascos. El mismo día fueron enterrados en el cementerio de Eagleville. Todavía pueden verse las tumbas con sus nombres en las estelas.

Peter Erramouspe tenía 45 años. Dejaba mujer y tres hijos. John B. Laxague de 36 años, casado y con tres hijos. No se da la edad de Ber-

trand Indiano. El americano Harry Cambron era el más joven, tenía 27 años.

La noticia de la masacre se extendió por todo el oeste americano. La indignación de las gentes llegó a ser peligrosa para cualquier indio. No había habido ni batalla ni lucha. Los blancos estaban desarmados, sin un solo rifle. Sólo la pistola de Harry Cambron. No se comprendía este ata que indio en pleno invierno.

Se trataba además de pastores vascos, no de cowboys. Nunca hubo conflictos entre pastores e indios. No había competencia de ninguna clase entre ellos. Los indios comían ciervos, búfalos o carne de buey, nunca cordero, ni caballos salvo en circunstancias extremas. Eran economías diferentes, distintos modos de vida.

Al día siguiente de los funerales y el entierro, comenzó a organizarse la persecución a la banda india. El Estado de Nevada anunció una recompensa de 5.000 dólares, para quienes primero descubrieran a la banda. El Estado de California aportó mil dólares. La familia de Erra mouspe 2.500 y la de Laxague otros 2.500. Los residentes del Surprise Valley 2.000 y los de otros lugares el resto hasta llegar a 15.000 dólares en total.

Todo se organizó con extraordinaria rapidez para dar caza a la banda india que llevaba una ventaja de casi un mes. El sheriff seleccionó a más de 50 de los mejores hombres de Surprise Valley. Los más fuertes, los mejores jinetes, los mejores rastreadores y los más valientes.

Además, otros 30 hombres armados tenían que hacerse cargo de los carromatos de víveres y provisiones, tanto para los hombres, como para los animales: los caballos de montar y las mulas que tiraban de los carromatos. A ellos se unieron los diez mejores rastreadores indios. El lugar de destino era Winnemucca a 400 kilómetros de distancia. Entre medio montañas sin un solo lugar para repostar.

La expedición salió el jueves 16 de febrero, dos días después del funeral. Hubo que abrirse camino en la nieve que llegaba hasta la barriga de los caballos. En los últimos dos días un fuerte temporal había acumulado unos 10 centímetros más de nieve.

Por los rastros que la banda de indios dejaba en su marcha se veía que no se sentían perseguidos. Estaban recorriendo unos 10 kilómetros al día. En cada lugar que pasaban la noche dejaban siempre algún rastro.

Los rastreadores indios que llevaba la expedición podían detectar por las huellas de los mocasines las que eran de niños, de mujeres, de jóvenes o de viejos. Lo que no podían saber era cuantos de los caballos tenían jinetes y cuantos no. Unos caballos tenían herraduras. Otros caecían de ellas. Unos podían llevar carga y otros jinetes. Podía pues ser una banda numerosa.

En los lugares donde los indios habían acampado se encontraron trozos de las ropas que pertenecían a los vascos muertos. También trozos de cheques en blanco que pertenecían al americano muerto. Posiblemente los indios se los habían dado a los niños para jugar.

En algunos de los campamentos se encontraron restos de caballos muertos. Al parecer los indios los mataban al anochecer y los descuartizaban por la mañana cuando parte del cuerpo estaba ya congelado. Esto indicaba que les faltaban víveres. Parecía también que los indios estaban familiarizados con el terreno pues al acercarse a la zona de Winnemucca evitaban los ranchos o cualquier otro establecimiento de blancos.

En Winnemucca, adonde los blancos llegaron el 24 de febrero, después de 9 días de marcha, el sheriff Ferrel, de Reno tomó el tren para Elko con el objeto de que el Sheriff de ese condado organizara otro grupo de hombres que impidiera a la banda india refugiarse en la Reserva que los indios shoshones tenían al norte del condado.

La Reserva, como el nombre indica, es territorio exclusivamente reservado a los indios. Si la banda que los blancos perseguían entraba en ella podría estar a salvo. Las Reservas indias son de jurisdicción federal, dependen del Gobierno de Washington. La policía local no puede entrar en ellas sin autorización especial. Esta zona de Winnemucca, con Paradise Valley, el río Humboldt y el Condado de Elko estaba entonces y sigue estando en la actualidad muy poblada de vascos.

En el pueblo de Paradise Valley un almacenista manifestó que unos días antes dos jóvenes indios shoshones le habían comprado algunas mercancías. Le sorprendió que llevaran mucho dinero pero no pensó que pudieran ser miembros de la banda que el sheriff perseguía.

Esta información era importante. Los dos jóvenes indios eran shoshones y el dinero que llevaban podía ser el de los vascos muertos. La banda de indios había acampado, sin duda alguna, en las cercanías de Paradise Valley. En el pueblo, un pastor vasco y un prospector o buscador de oro decían haber visto a una banda de indios pero no prestaron atención al hecho.

El sheriff y sus hombres comenzaron entonces una detallada exploración de todos los barrancos del área alrededor de Paradise Valley. En uno de ellos (Lyng Canyon) en dirección a Winnemucca y en el fondo del barranco hallaron restos del campamento indio.

Al parecer los indios se sentían ya perseguidos. Habían quemado muchas de sus pertenencias. Probablemente para aliviar la carga de los caballos que debían estar ya bastante fatigados. Encontraron también trozos de las vestimentas de los blancos que seguramente habían cortado para ropa de los niños.

Los indios habían permanecido en el lugar un par de días. Al haber quemado sus pertenencias en el mismo campamento no se podía saber el

número de personas que componían la banda. Solo se sabía que había niños, mujeres y hombres.

La noticia de que la banda era de indios shoshones se extendió en seguida por todo el Oeste. Los periódicos de Reno, el Nevada State Journal y el Reno Evening Gazette enviaron sus reporteros al igual que el diario californiano Sacramento Bee. Todos en la expectativa de cual sería el final de aquel delicado asunto. Habían pasado muchos años sin conflictos serios entre indios y blancos.

La banda de indios sabía ya que era perseguida y cambió de táctica. Caminaban durante la noche en fila india, los hombres, mujeres y niños delante montados en sus caballos, luego los caballos de repuesto, con el bocal de uno atado a la cola de otro y el último un caballo con jinete. De esa manera era difícil saber por las huellas el número de personas y animales que componían la banda. Al parecer llevaban solamente un perro. Al amanecer acampaban en lugares escabrosos y preparaban sus defensas con rocas y empaladizas de arbustos.

El domingo 26 de febrero, hacia el mediodía los expedicionarios vieron una columna de humo que salía de un barranco (Kelley Creek). El sheriff ordenó entonces a sus hombres, unos veinte, que se fueran acercando al lugar en forma de abanico.

Envió por delante a un tal Skinny Pascal, de Winnemucca, conocedor de la lengua de los indios, para que se acercara al campamento indio en son de paz y pidiera a los indios que se rindieran, que no tenían escapatória. Los indios les esperaban, el perro les había alertado de la presencia blanca.

Skinny se acercó a prudente distancia del campamento y en shoshone les gritó que se rindieran. Entonces se vio levantarse a un indio viejo con un extraño bonete o corona de plumas en su cabeza que a carcajadas les gritaba "hijos de perra" y toda serie de obscenidades. Entonces Skinny tirándose al suelo gritó a sus compañeros. "No se rinden, disparen".

El primero en disparar fue el sheriff con un rifle de 45-90 que al canzó al viejo indio quien cayó gritando "Yo, Mike Shoshone, yo Mike Shoshone".

Los indios hubieran sido cogidos por sorpresa si el perro con sus ladridos no les hubiera alertado. De eso no había duda: tenían los caballos alejados de las hogueras. A los disparos del sheriff y sus hombres, contestaron con intenso fuego que no causaba bajas al estar los blancos separados y bien a cubierto tras las rocas.

Al disminuir el fuego de los sitiados apareció una joven india de 17 a 18 años con un largo palo en cuya punta se veía insertada una hoja de tijera de esquilar ovejas.

Dando gritos la joven corría de un lado a otro como si tratara de provocar a los blancos a que se acercaran a ella. Parecía que era la única sobreviviente. Uno de los blancos se acercó. La joven india poniendo su lanza a la altura del pecho del hombre fue retrocediendo hasta un matorral. De pronto se oyó un disparo y el hombre cayó. Una bala, la última que se disparó en la batalla, le había atravesado el corazón. En tonces todo quedó en silencio.

Los blancos fueron acercándose con cautela al campamento gritando a los indios que se rindieran. Pero los únicos gritos que se oían allí era el llanto de los niños. La única figura en pie era la de la joven india con su lanza.

Los blancos no podían creer lo que estaban viendo. Ellos eran 20 hombres y allí yacían muertos solamente cuatro indios, dos mujeres y dos chicos de 12 a 14 años.

Luego se supo que sólo había cuatro indios disparando contra los 20 blancos. Eran las mujeres las que cargando los muchos rifles que tenían los pasaban a los hombres. Cuando uno caía muerto, una mujer ocupaba su sitio. Esto fue lo que hizo creer a los blancos que la banda india era más numerosa.

El sheriff ordenó entonces a sus hombres que llevaran a los prisioneros a un rancho cercano y pasaran la noche allí. El, con un par de hombres, volvió a Golkonda a informar a su jefe, el condestable Lyng, de la situación. Estaba en juego el premio de los 15.000 dólares.

El lunes 17, al día siguiente de la batalla, el Condestable, tan pronto se abrió la centralilla de teléfonos de Golkonda, comunicó la noticia a los sheriffs de Elko, Winnemucca y Reno. Después con unos cuantos hombres marchó hacia el lugar de la batalla. Vió esparcidos por el terreno cuerpos de indios y caballos.

De allí se dirigió al rancho donde habían pasado la noche los hombres y los prisioneros. Ordenó entonces que algunos hombres volvieran al campo de batalla y enterraran a los indios muertos. Los hombres se negaron. A uno de ellos (Ben Cambron) le oyó decir que iba a cortar un trozo de la piel de Mike Shoshone y llevárselo como recuerdo.

Fue entonces cuando el Condestable decidió volver a Golkonda y tomar el asunto en sus manos. Reunió un grupo de hombres, la mayor parte cowboys, una carreta y una caja de cartuchos de dinamita.

El grupo fue directamente al lugar de la batalla donde estaban esparcidos los cuerpos de los indios, todos ellos congelados. También el suelo estaba congelado. Hubo que perforarlo para colocar los cartuchos de dinamita y poder abrir una fosa común para los 8 cadáveres. Con mucho cuidado los desnudaron poniendo en sacos las pertenencias persona

les de cada uno. Luego atando los cuerpos con cuerdas los arrastraron hasta la fosa y la cubrieron.

Terminada esta labor, el Condestable y sus hombres se dirigieron al rancho donde se hallaban los hombres, los prisioneros y el cadáver del blanco muerto. En la carreta se colocaron el cadáver, los trofeos (fusiles de los indios, sus arcos y flechas, sus tambores de guerra y otras cosas). También tuvieron que subir a la carreta los prisioneros indios. El chico de 6 años seguía luchando a su manera. Hubo que atarlo.

Los hombres, todos montados a caballo, siguieron a la carreta. Parecía un desfile de la victoria. Otros jinetes que habían salido de Golkonda, que distaba solo 15 kilómetros, se unieron a la comitiva. En Golkonda se estaba ya organizando el recibimiento. Se abrieron todos los bares. Los expedicionarios que llevaban ya cuatro semanas en los montes sólo querían comer y beber. Nadie les permitió pagar nada. Las gentes se disputaban por ofrecerles un trago o lo que quisieran. Eran los héroes del día.

Los periodistas se encargaron de llevar la noticia a todo el país. No hay periódico americano de los días 27 y 28 de febrero de 1911, que no recoja la noticia de la banda de Mike Shoshone y su trágico fin.

Más de 100 voluntarios participaron de una manera u otra en la expedición. ¿Cómo repartir la recompensa?. Los sheriffes y sus hombres al ser policías no recibieron nada. Unos voluntarios cobraron 50 dólares y los otros, los que estuvieron en la expedición desde el primer día, 126 dólares.

Mike Shoshone, era un indio libre. Todos los años su banda se movía a pie y a caballo desde el este de Nevada hasta el norte de California y volvían después de Navidad. Nunca eran muchos. Aquí y allí robaban lo necesario para sobrevivir. No se puede decir que se dedicaran al pillaje.

Mike parece que salió de California algo más tarde de lo usual. Se supo luego que en California había matado pocos días antes a un hombre. Es muy posible, pues, que Mike creyera que los 4 hombres (el americano y los tres vascos) venían a por ellos y pensaba que iban a ser muertos si no se adelantaban.

La banda de indios la componían Mike, su mujer, cuatro hijos de 17 a 40 años, tres hijas mayores (la menor se llamaba Heney) y tres niños (un bebé de 18 meses, una niña de 4 años y un niño de 6 años). En total doce personas.

Mike había nacido en la tierra de los Shoshones, allí donde se juntan las fronteras de Idaho, Utah y Nevada. Era un personaje muy conocido. Tenía más de 90 años. Nunca aceptó la soberanía ni las creencias de los blancos. Tampoco la vida en las Reservas. Era fiel a los dioses, tradiciones y costumbres de su pueblo. Un nómada sin asiento fijo que se

movía por todo el norte de Nevada y California en la frontera con Idaho y Oregón, una distancia de más de 600 kilómetros sin alambradas ni terrenos acotados.

Mike Shoshone había aceptado del mundo de los hombres blancos los rifles, nada más. Las pocas piezas de metal que se encontraron las había preparado para que sirvieran de puntas de flecha. También el tomahawk, la famosa hacha india de piedra con mango de madera que tanto servía para lanzarla al enemigo como para defenderse en una lucha cuerpo a cuerpo, había sido mejorada sustituyendo la afilada piedra por un trozo de metal. Una hoja de tijera de esquilar ovejas servía de punta de lanza. Todos los objetos encontrados estaban pintados de amarillo y verde, incluso las puntas de flecha.

Los indios calzaban todos mocasines de piel de ciervo, con una especie de polainas hechas con ramitas de artemisa sujetas con harpilleras de trapo. Los niños llevaban pantalones hechos de trozos de piel de ciervo.

En la ropa de Mike Shoshone, se encontró la pistola automática de Harry Cambron, su reloj, la libreta de cheques, y 26 dólares. Colgado de su cuello, en una tirilla de cuero, el bigote con el labio ya seco que había cortado al cadáver de Erramouspe. Uno de los objetos que más llamó la atención fue una especie de banquito hecho con los cuernos de un toro pero con las puntas hacia arriba ¿ídolo o silla de castigo?. Todos los restos que los indios dejaron en su último campamento fueron estudiados muy detenidamente y expuestos primero en el Overland Hotel de Reno y más tarde en otros lugares.

Al llegar la primavera fueron muchos los curiosos que visitaron el lugar de la última batalla india. Pero la fosa en la que fueron enterrados los indios había desaparecido. Según los expertos no se cavó la fosa a suficiente profundidad. Con el deshielo los cuerpos quedaron al descubierto y fueron pasto de los coyotes.

Para muchas gentes, indios y blancos, el alma de Mike Shoshone sigue todavía vagando por los barrancos de Nevada como el fantasma de nuestro Lope de Aguirre en la sabana venezolana.

Heney (la joven india) y los niños fueron enviados a Reno en el primer tren de la mañana. Allí se les encerró en una celda de la cárcel. Fueron juzgados y declarados inocentes, pero no se les dejó en libertad. El juez consideró que deberían seguir en la cárcel en régimen especial hasta que se adaptaran a la alimentación americana y se encontraran gentes que quisieran hacerse cargo de ellos. El asunto quedó en manos del superintendente de la Escuela India de Carson City, la capital de Nevada.

Seis meses más tarde, en agosto de 1911, después de muchas gestiones, el superintendente había dado con la solución. El bebé indio sería adoptado por una familia de Chimawa, en el Estado de Oregón. Los dos niños pasarían a la Reserva de los Indios Shoshones, en Elko (Nevada) y Heney, la joven india, ingresaría en la Escuela India de Carson City. Aquí Heney encontró una buena amiga, también shoshone: Ida Best. Aprendió mucho de ella. Un día no bajaron a clase. Se habían escapado. Tenían ya 18 años.